

fortuna, desarrollará una teología del pecado original. A pesar de la alergia contemporánea a la doctrina cristiana del pecado original, la teología no puede eludir el tema. Tarea suya es presentarlo de manera constructiva y liberadora, y eso es lo que intenta hacer el autor, proponiendo un camino en tres tiempos: descripción fenomenológica del mal, revelación cristiana del pecado del mundo y origen de la condición pecadora de los seres humanos.

Creado para la amistad con Dios, el hombre se ha convertido en pecador. Ahora bien, no todo acaba ahí. El designio de Dios es más fuerte que el rechazo del hombre. Esto significa que, a pesar del pecado, hay espacio para la salvación. Y, aunque el término se ha vuelto opaco, la salvación es inherente a la trascendencia humana y, en definitiva, a la cuestión misma de Dios. Jesús, revelador de Dios y del ser humano, es, asimismo, Salvador. La resurrección es realidad cumplida de salvación en él y garantía de salvación para nosotros. Dicha salvación será nuestra humanización plenamente realizada.

En un momento en el que circulan tantas teorías sobre el ser humano, hay que agradecer a Sesbouë que haya querido ofrecernos este

ensayo de antropología cristológica. «Nunca un ser humano más humano que Cristo, el Hijo de Dios» (p. 342). De ahí que a la luz del misterio de Cristo intente decirnos qué es el ser humano y cómo, una vez que Dios se ha hecho hombre, es imposible hablar del hombre sin hablar de Dios. Con gran pericia, el libro aborda las cuestiones propias del tratado de Antropología Teológica, dejando claro que la afirmación del hombre en absoluto supone la negación de Dios, todo lo contrario: «creer en el Dios de Jesucristo es la mejor manera de creer en el ser humano» (p. 360).  
-JESÚS GARCÍA ROJO

4. WILLIAMS, JANET P, *Un Dios que es siempre más. Iniciación a la espiritualidad apofática cristiana*, Salamanca: Ediciones Sígueme, 2021, 206pp., 13x19 cm

*Prefacio: confesión de parte*

«Puedo asegurar que, sin el enfoque apofático en el seguimiento de Cristo, podría haberme extraviado. Por esta razón, y apurando la metáfora del nadar en aguas abiertas, espero que el lector pueda hallar en las páginas que siguen el salvavidas que le permita mantenerse a flote» (p. 10). Es confesión de la autora.

Desde la Introducción hasta el Epílogo, este libro es una afirmación clara de la prioridad de la apófasis sobre la catátesis, sin que sea una condena de la catátesis. La autora es consciente de que «gran parte de la vida cristiana se vive de manera catafática» (p.17) y admite que «apreciar lo apofático no significa infravalorar lo catafático. Pero el objetivo de lo que viene a continuación es encontrarle sentido a la idea de que puede que, en efecto, apreciemos lo apofático; puede incluso que lo encontremos estimulante, dador de vida, tan poderoso como un revulsivo espiritual, tan hermoso como cualquier arte sagrado; más aún, puede que nos encontremos a nosotros mismos alejándonos del habla hacia el encuentro, y acto seguido seamos un poco más capaces de hablar de Dios tal como Dios es» (página 17).

### *Apófasis y catátesis*

En el libro se juega constantemente con la apófasis y la catátesis —con sus diversas expresiones gramaticales—. Lo apofático es invasivo en estas páginas. Se lo espera a la vuelta de cada esquina y se lo encuentra en cualquier rincón. Conviene por ello tener en cuenta, desde el comienzo, lo que entiende la autora por estas dos categorías teológico-espirituales.

«En la *teología catafática*, las palabras siguen un orden y se ajustan a las cosas. La palabra correcta para este objeto que está junto a mi mano derecha en este momento es “taza”. La palabra que más se ajusta al Absoluto Más Allá es “Dios”. Teniendo estas como referencia, podemos categorizar otras palabras: “espíritu” y “bien” están más cerca de “Dios” que “goma” o “perverso”. *La teología apofática* le da la vuelta a este orden jerárquico mediante un todos contra todos entre todas las palabras y ninguna... Es como si el más allá nos mareara y nos abocase o a un quedarnos sin habla, o a una verbo-rea explosiva» (página 168).

### *Abriendo la casa de par en par*

El libro que recensamos, está estructurado en cinco partes, precedidas de una oportuna y amplia Introducción y cerrada con un no menos interesante Epílogo. La misma autora presenta las cinco partes con brevedad de enunciado al final de la Introducción: «El libro que estás a punto de comenzar se organiza en cinco partes; la *primera* explora algunas raíces bíblicas de la teología apofática; la *segunda* expone varios de los temas clásicos, en tanto que la *tercera* presenta a algunos de los principales pioneros de la vía

apofática; en la *cuarta* parte nos detenemos para reconocer a ciertos aliados que podemos encontrar en el camino; finalmente, la *quinta* sección propone diversas prácticas apofáticas con la esperanza de ofrecer un medio concreto de pasar de los textos que ejemplifican este tipo de espiritualidad a la práctica cotidiana» (página 18).

No es posible en una reseña seguir paso a paso estas páginas cargadas de múltiples matices. Por eso, y aunque sufra la «organización», dividiremos el texto en dos partes: la primera manejaría las cuatro primeras partes enumeradas aquí y que podría llevar el título de *Fundamentos teóricos*, y la segunda comprendería la quinta parte con el título de *Prácticas apofáticas*. La extensión de una y otra no es comparable, evidentemente. No obstante nos parece que responde a la estructura de esta iniciación (que, dicho ya desde ahora, es bastante más que una *iniciación*).

#### I. Fundamentos teóricos de la espiritualidad apofática

Más que teorías encontramos aquí variedad de personajes que han vivido apofáticamente y han aportado su experiencia, una experiencia contrastada en la historia y que va desde Moisés hasta el último caminante agarrado de la mano del zen.

#### *Las raíces bíblicas y la historia*

Para un cristiano (el libro se titula: *Iniciación a la espiritualidad apofática cristiana*) las *raíces bíblicas* sostienen e iluminan esta espiritualidad. En las mejores páginas del Antiguo y Nuevo Testamento «encontramos, si los queremos buscar, “indicadores apofáticos”» (página 47). La autora ha buscado y rebuscado. Y, obligada a seleccionar, se ha limitado a Moisés, a los «cantores» del Cantar, a Juan el Bautista («profeta apofático») y a Jesús («palabra y silencio»). Y aquí, en otra obligada selección, nos limitamos al Cantar de los cantares y la persona de Jesús.

«*El Cantar de los cantares* es un texto fundacional, uno de los principales pilares bíblicos de la espiritualidad apofática». Con humor típicamente inglés la autora se permite a continuación estas palabras: «Como un excepcional whisky de malta, contiene el característico sabor de la apofasis en una forma muy concentrada, enormemente compleja, embriagadora y estimulante» (pág. 29).

Por su parte, Jesús es el Señor de las paradojas: «De acuerdo con los evangelios, las enseñanzas de Jesús están llenas de paradojas» (página 172), instrumento apofá-

tico por excelencia, que aúna la palabra con el silencio, y «frente a las más crueles contradicciones del mundo, Jesús saca a escena el poder creativo del silencio apofático. De este surgen las palabras para esquivar la trampa» (página 50).

A estas dos referencias les acompañan en primer lugar los *pioneros de la fe apofática*: Gregorio de Nisa (siglo IV) (el último de los capadocios), el corpus dionisiano, el Maestro Eckhart y Nicolás de Cusa («Su manifiesto apofático es La docta ignorancia, publicada en 1440» (página 129).

La autora seguramente teme que echar una mirada a personajes de la antigüedad y la edad media tenga poca garra. A ellos en general dedica estas primeras palabras para prevenir al lector de nuestros días: «En nuestros días, palabras como “filosofía” o “teología” [ambas materias domina la autora] tienden a sonar abstractas y académicas. Traen a la mente con demasiada facilidad imágenes de gruesos manuales plagados de tecnicismos, aulas polvorientas y un sistema académico que valora más la brillantez intelectual que el saber hacer práctico. A la hora de recorrer la historia de la tradición apofática cristiana, hemos de tener cuidado para no asumir que se ha

desarrollado en un hábitat parecido a ese» (página 99). La advertencia es oportuna y clarificadora. Juzgar a los autores antiguos con nuestros criterios no es correcto. Menos, quizá, para la apofática. «Los primeros gigantes de la tradición apofática eran dirigentes cristianos y guías espirituales: obispos y sacerdotes, monjes y seguidores de las tradiciones del desierto» (p. 99). Llama la atención, particularmente, la presencia del Maestro Eckhart (XIII-XIV). Basten estas dos apreciaciones de la autora: «El Cantar de los cantares es una referencia constante en el pensamiento de Eckhart» (página 117) y «más allá de la complejidad, la dificultad y la aparente “negatividad” de la vía apofética, la fuerza que la mueve y la sostiene es la alegría sagrada» (página 119).

## II. Prácticas apofáticas

*«Exuberancia: decir y desdecir en la parábola y la poesía. [ambas para caminar]»*

Usamos muchas palabras para hablar de la Palabra, Dios. Y quizá no siempre las menos inadecuadas. «Los dones de la mente profunda y el proceso de intercambio son holísticos y requieren un lenguaje polisémico y polifónico». «De ahí la necesidad de las metáforas, la poesía y la mitología» (p. 167).

En teología lo primero es la Biblia. «La Biblia... es un libro de historias, en el que las historias se convierten en mitos porque encierran una verdad que está por encima de ellas, un libro de canto y poesía, paradoja y proverbio, conversación, afirmación y refutación. Casi todo lo que la Biblia dice acerca de Dios lo desdice en otro momento. En su corazón apofático encontramos a Moisés, a san Juan Evangelista y a Jesús... (167-168)... Muchos escritores modernos, refiriéndose al misticismo cristiano, han comentado esta promiscuidad apofática de palabras» (página 168).

Y lo mismo sucede con la poesía («la poesía es uno de los lenguajes de la apófasis-logófasis») y con el canto. Ambos celebran los aspectos materiales del habla, las raíces «encarnantes» de nuestras palabras: «el ritmo y la rima, la asonancia y la aliteración, la carne de los labios y de la lengua», etc., etc. (página 169-170). «La sutil infección que la poesía inculca en el discurso aparentemente prosaico se aprecia por ciertos síntomas: la metáfora y el símil, la exageración, la parábola, el relato y, sobre todo, la paradoja, entre otros» (171). Sobre todo la paradoja. «La paradoja impregna la espiritualidad apofática» (página 171): la zarza que arde sin consumirse, el novio que es capaz

de correr por las montañas hacia la puerta de su amada... el todo y la nada de Juan de la Cruz, la docta ignorancia y la otredad sin otredad de Nicolás de Cusa... (página 172).

La autora se explaya en paradojas. Y termina el repaso a la exuberancia citando a san Juan de la Cruz: «Por el momento, dejemos las últimas palabras acerca de la poesía y la paradoja al maravilloso poeta del amor divino Juan de la Cruz». Dice así en el prólogo de su Cántico espiritual [y cita literalmente el amplio párrafo con que abre el Cántico espiritual]: «Estas canciones parecen ser escritas con algún fervor de amor de Dios, cuya sabiduría y amor es tan inmenso...» (página 174).

### *Peregrinación*

[Algo parecido de lo que sucede con la exuberancia, sucede también con la peregrinación] «Los peregrinos conocen la paradoja de hacer el equipaje: si llevas demasiado, tendrás que ir desprendiéndote de algunas cosas por el camino para hacer la carga más llevadera. Pero si no llevas de todo, justo esa cosa de la que decidiste prescindir será luego la que más falta te va a hacer. O, cómo no, si la llevas, la perderás, la gastarás o la romperás durante el camino. La solución, vieja como el tiempo, es

la asistencia mutua; en otras palabras, pedir prestado» (página 175).

La autora reconoce que «ciertamente, los textos y temas de la tradición apofática siguen siendo poco conocidos en nuestra cultura, pero la práctica de peregrinar se ha vuelto muy popular. Se constata que el interés de todo tipo de peregrinaciones ha aumentado espectacularmente. No en vano, resultan actividades atractivas para muchas personas que quieren cultivar la espiritualidad sin las restricciones que perciben en las “religiones institucionales” resulta anacrónico...». No obstante, «sería absurdo asegurar que la peregrinación es infaliblemente apofática...», y, sin embargo, «muchos inician una peregrinación sin ser conscientes del viaje interior que implica y, durante el camino, descubren aspectos de sí mismos sorprendentes y, a la vez desconcertantes» (página 181).

«La peregrinación es una conocida metáfora de la vida cristiana. Con sus reveses, los despojamientos que impone, los cambios de perspectiva y opinión que promueve, su aprecio por la inexperiencia y su tendencia a desdibujar los límites, en especial entre el camino y el caminante, esta práctica constituye una magnífica oportunidad para meditar y experi-

mentar la espiritualidad apofática» (página 182).

### *Orar «en la caverna del corazón»*

Es el último capítulo del libro. Se sitúa entre las prácticas apofáticas. Puede considerarse como una breve pedagogía de la oración apofática.

«Mucha gente no ve con buenos ojos esto de orar aquietando o vaciando la mente. Han oído que “si dejan las puertas de la [página 191] mente abiertas, llegará el demonio y las ocupará”. Así, piensan que es mejor llenar la mente con Jesús, con la invocación de su nombre, con oraciones y cantos, con palabras e imágenes de las Escrituras y de la liturgia; o llenarla con el Padre o con el Espíritu Santo...

Este recelo tiene una base real, pero lo que se ha deducido de ella —“es mejor no vaciar la mente”— es un error» (página 192).

La base real es la vida cotidiana de la gente. Describirla es innecesario. Pueden quedar en una amplia serie de actividades que conllevan distracciones. «Cuando dejamos a un lado todas las distracciones y dirigimos la atención a nuestra mente, todo esto puede ser un descubrimiento aterrador. No es ninguna sorpresa que normalmente prefiramos vivir distraídos, apartando la

atención de nuestro mono interior por medio de la música, las redes sociales, el cine, las actividades de ocio, el alcohol, la cháchara y la fantasía» (página 192).

«Muchos estamos tan poco acostumbrados a acallar y sosegar la mente y el cuerpo que nuestra transición hacia la oración contemplativa requiere una especial delicadeza» (página 195).

«A grandes rasgos, existen dos tradiciones principales para trabajar la atención mental en la oración contemplativa. La primera usa una jaculatoria o un mantra para concentrar la mente... La segunda es la práctica de la atención desnuda» (página 195). Se da particular importancia al mantra, concretamente a la Oración de Jesús. La alternativa a usar un mantra es concentrar la mente en una simple mirada de atención desnuda» (página 196).

«Las “profundidades” del corazón recibe muchos nombres: en el Cantar de los cantares, la “alcoba de la amada”; en los evangelios, el “cuarto interior”; en Eckhart, el territorio; en Martin Laird, la “tierra silenciosa”; en Consiglio, la “caverna del corazón”» (página 198).

La autora, además de ser convencida apofática, no es ingenua y aconseja que «cuando nos inicia-

mos [en] la práctica de la oración contemplativa debemos contar con un guía espiritual que sabrá intervenir si nos encontramos en apuros. Practicar de forma regular con un grupo y en un contexto litúrgico también son buenas salvavidas», aconseja orar en grupo y recuerda que «si sufres de algún tipo de fragilidad mental, asegúrate por partida doble de que practicas la oración contemplativa con un buen supervisor. Puede que se den momentos en los que tengas que modificar tu práctica para mirar por tu salud» (página 193).

Y una vez más aparecerá Juan de la Cruz: «quienes siguen la vía apofática rezan a Dios con el corazón y la mente despojados de distracciones, se vacían continuamente, en la medida de sus posibilidades, del anhelo de “buscarse a sí mismos en Dios”, como decía Juan de la Cruz» (página 193. Cita en nota: 2S7,5).

### *Dos palabras carmelitanas*

Juan de la Cruz, mayoritariamente sin san, tiene una presencia notable en este libro. Y siempre positivamente, incluso piropeado. La presencia del amplio texto del comienzo de Cántico espiritual, sin olvidar su famoso todo-nada, merecen un agradecimiento sincero.

Teresa de Jesús no aparece en estas páginas. Ha sido una sorpresa. Probablemente Juan de la Cruz y Teresa de Jesús no se balancean juntos en las categorías: apofática y catafática. Tienen sus diferencias. Pero la no presencia de Teresa de Jesús me parece un fallo.

### *Despedida*

La autora se despide de sus lectores —que podemos ser nosotros— con esta sinceridad: «Es cierto que la breve selección de

textos está configurada por mi propia experiencia y que, a buen seguro, otras guías ofrecerán textos diferentes a los míos para orientarse en el sendero. Pero al no ser el fin la guía misma, sino el paisaje y su belleza, quien se decida a entrar en este territorio habrá de hacerlo movido ante todo por la pasión que aliente un extraordinario viaje». Puede ser una digna despedida incluso para quienes van por caminos catafáticos. AUGUSTO GUERRA